

Planeta azul con grilletes verdes

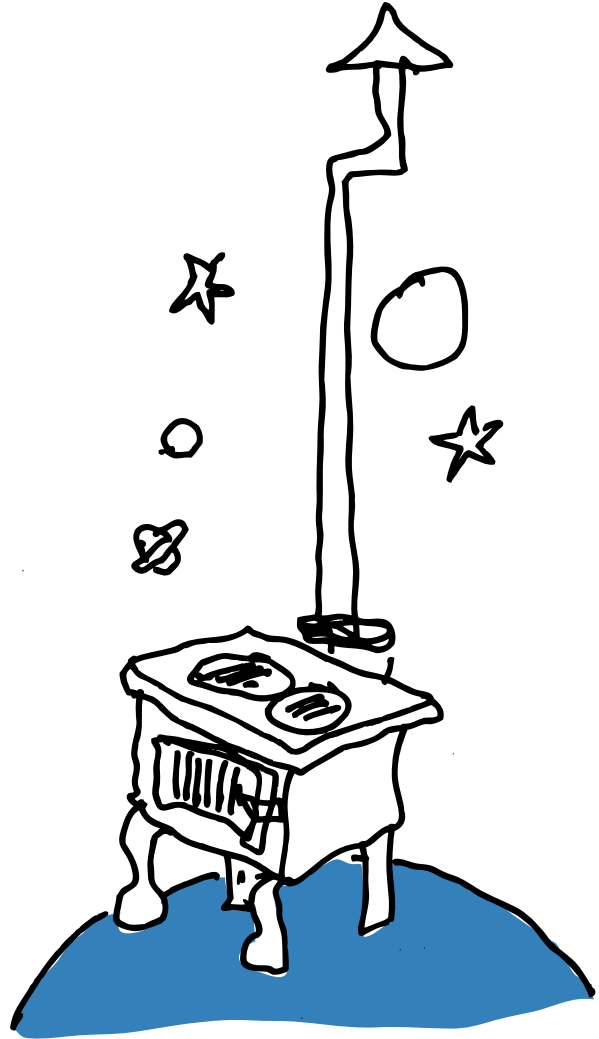
Francisco R. Calderón Quintero

Nunca se me hubiera ocurrido comprar un libro que contradice verdades universalmente aceptadas por los expertos y por los gobiernos de los principales países del mundo sobre el calentamiento global si no fuera porque su autor es Václav Klaus, distinguido economista, ex Primer Ministro de Checoslovaquia, actual Presidente de la República Checa y denodado luchador por la libertad y los derechos humanos desde tiempo de la dictadura totalitaria del comunismo.

El libro *Blue Planet in Green Shackles*, editado en Washington D.C. en mayo de 2008 por Competitive Enterprise Institute se atreve a plantearse las siguientes preguntas ¿Hay un calentamiento global? ¿Si esto es así son los seres humanos los que lo han causado? En caso afirmativo ¿qué podemos hacer al respecto? ¿Real-

mente importa un moderado aumento de la temperatura? ¿Un clima más caliente sería mejor o peor que el actual?

Klaus responde a la primera pregunta que no es posible sacar conclusiones de los datos proporcionados por unos cuantos años excepcionales; si se toma una serie más larga, por ejemplo de 1880 a 2000 se observa que en el primero de estos años la temperatura global promedio fue de prácticamente 15°C y en el segundo de 15.8°C lo que ciertamente es un calentamiento no relevante; igualmente escogió los datos del Instituto Hidrometeorológico Checo en Opava por estar situado en las montañas fuera de la influencia de las zonas urbanas y encontró un aumento de la temperatura promedio de 0.028°C por década entre 1921 y 2006, esto es, a lo largo de 86 años.



En resumen Klaus dice que “en contra de la percepción generalizada, artificial e injustificada-mente creada, el aumento de la temperatura en el mundo en las últimas décadas y siglos ha sido muy pequeño en su perspectiva histórica y prácticamente nulo en su impacto real sobre los seres humanos y sus actividades”.

Por lo que respecta a la intervención humana en el cambio climático el autor contesta que en el curso de la historia de nuestro planeta la configuración de los continentes y océanos, la estructura de las especies animales y vegetales y la evolución de la atmósfera han estado sujetos a procesos permanentes de cambio causados tanto por complejos mecanismos naturales endógenos como por factores exógenos incontrolables como lo es la actividad del sol.

En lo que toca a qué debemos hacer ante el supuesto calentamiento global Klaus empieza por burlarse de Al Gore y sus frases “mi pasión por la tierra” “emergencia planetaria” “terrible catástrofe” “extinción de las especies vivientes” y “se acerca la peor catástrofe potencial en la historia de la civilización humana”, para después rebatir las medidas radicales indispensables propuestas por los ambientalistas para evitar la tragedia apocalíptica que se prepara.

Entre las más radicales propuestas se encuentran las de Ehrlich y Harriman que piden: 1) Control de la población tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados 2) Reducción del nivel de desarrollo de los países desarrollados 3) Los países subdesarrollados deben conservarse semidesarrollados 4) Establecer un sistema mundial para mantener un balance óptimo entre la población, los recursos y el ambiente. Obviamente para alcanzar estas utópicas metas se necesitan “medidas autoritarias” como lo declara Janet Biehl, otra ecologista; por esta razón Klaus considera al ecologismo como la ideología populista más decididamente antiliberal de la era presente y una amenaza real.

Klaus considera que los ecologistas parten del supuesto de que el progreso de la civiliza-



ción se ha logrado al precio de extinguir los recursos no renovables y de degradar el ambiente; para posponer su extinción proponen la introducción de impuestos ecológicos que incrementen el precio de estos recursos y por tanto que se reduzca su consumo. Para rebatir este supuesto y la solución propuesta nuestro autor contesta con varios argumentos: el primero que no tienen nada que ver los recursos actuales con los potenciales que la humanidad ha ido convirtiendo en actuales conforme se desarrolla, por ejemplo para los faraones de Egipto el petróleo no era un recurso útil. El único recurso inagotable es el recurso humano cuya habilidad es la de transformar los recursos potenciales en reales y lo único que requiere para hacerlo es libertad; esta habilidad es la que ha venido permitiendo sustituir el vapor, por la electricidad, ésta por el petróleo y probablemente después por la energía nuclear.

Un segundo argumento es que hasta ahora los recursos naturales no están en vías de agotamiento como lo prueba el hecho de que a pe-



sar de las naturales fluctuaciones los precios de las materias primas han mantenido una tendencia constante a la baja en los dos últimos siglos, no sólo en términos reales sino también en términos del esfuerzo humano necesario para obtenerlas.

Quizá el argumento más importante es el tercero: así como Kuznets probó que existe una interrelación entre el nivel de ingresos per cápita de un país y la inequidad en la distribución del ingreso (a medida que crece el ingreso aumenta la desigualdad hasta llegar a cierto punto en que la desigualdad empieza a decrecer formando en una gráfica una U invertida) así también existe una relación entre el nivel de ingreso per cápita y la calidad del medio ambiente formando también una U invertida.

En efecto, los investigadores Gene M. Grossman y Alan B. Krueger en 1991 publicaron su análisis de los datos de 42 países que demuestran que también en materia ambiental se presenta la U invertida en la que el punto de flexión se sitúa aproximadamente entre los 6 mil

700 y los 8 mil 400 dólares per cápita; esto significa que a partir de este nivel de ingreso los países progresivamente mejoran sus condiciones ambientales lo que cualquier viajero puede comprobar al recorrer países con diferente grado de riqueza. Como prueba Klaus afirma que las emisiones per cápita de CO₂ crecieron de 1950 a 1979, fecha en la que llegaron a 1.23 toneladas; pero a partir de entonces han decrecido hasta 1.14 toneladas en 2003 última fecha de la que se conocen datos.

La conclusión inmediata y necesaria que se saca de este estudio es que la aplicación del Protocolo de Tokio en los países menos desarrollados al imponer un costo adicional a sus inversiones está encareciendo y retrasando su desarrollo y por tanto alejando su posibilidad real de mejorar la calidad de su ambiente, lo que hace concluir a Klaus apoyándose en otros autores que “los países en vías desarrollo no deben hacer sacrificios porque su mejor defensa contra el cambio de clima será su propio desarrollo” y que la respuesta a la pregunta ¿Qué hay que hacer? es “NADA” o si se quiere “nada en especial”.

Klaus aclara que de ninguna manera su libro implica que rechaza la sustancia de de las propuestas de los ecologistas o que no alienta la atención a la ecología o que rechaza la multitud de acciones que puede realizar la gente para mejorar el ambiente; a lo que se opone son a las medidas coercitivas del Estado: a las prohibiciones, a los aumentos de impuestos y de precios disuasivos de la actividad humana y sobre todo a poner freno al crecimiento económico. En síntesis, Klaus concluye, “El mejor ambiente para el hombre es el ambiente de libertad”.

El autor de esta reseña no se siente capacitado para juzgar si Klaus tiene razón o en su caso Al Gore, pero cree que es indispensable que los países en vías de desarrollo maticen el absolutismo de las propuestas ecológicas que ahora se tienen como dogma de fe y que sometan a un escrupuloso análisis de costo beneficio a las propuestas legislativas para la defensa del medio ambiente. **B**